

puesta valedera. El misterio sólo entrega su secreto a quien lo contempla con la mirada de la fe. La verdadera fe, sin embargo, nos permitirá 'tocarlo' espiritualmente, y nos llenará de alegría al advertir que hemos sido santificados por ese contacto. La fe conduce a la conversión. Este progreso está exigido por el mismo dinamismo de la fe. Nada más contrario a la celebración que el pecado, que atenta contra la 'memoria' de Dios. El proceso de consentimiento al misterio concluye con la comunión. Ante todo comunión con Cristo a través de sus misterios, ya que penetrar en los diversos misterios de Cristo es siempre, en última instancia, penetrar en Aquel que es el Misterio por excelencia. Pero también comunión con Cristo a través de la Eucaristía, en la que el Señor es como la levadura que penetra en la masa para vivificarla y hacerla cuerpo suyo. Es la vida en Cristo. La participación de los misterios no se clausura, sin embargo, en esta vida, sino que se abre a la eternidad del misterio salvador. Será la entrada definitiva —y sin velos— en el Hoy de Dios.

La intención del autor de este trabajo se centra en llevar a la práctica un deseo de la Iglesia, manifestado en el Concilio Vaticano II: vuelta a las fuentes de la liturgia y profundización en el contenido del *mysterium*. Por eso, Sáenz afronta el estudio de un personaje vigoroso de la Iglesia paleocristiana, ampliamente embebido de la tradición teológica y testigo del nacimiento de las diversas fiestas litúrgicas, habida cuenta de que en su época se completó la organización de los diversos tiempos del año litúrgico.

ALBERTO VICIANO

José ORLANDIS, *Historia breve del Cristianismo*, Madrid, Ediciones Rialp («Libros de Historia», 12), 1983, 230 pp., 13 x 20.

El profesor Orlandis, catedrático de Historia del Derecho y Director del Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, publica, en un volumen de fácil manejo, una brillante exposición de lo que ha sido la historia de la Iglesia y de los cristianos a lo largo de sus veinte siglos de existencia. El texto queda completado por una tabla cronológica, un sumario y un índice alfabético. Pretende así estructurar en unas cuantas páginas las líneas esenciales de la historia del Cristianismo, tarea no fácil sin desdibujar los contornos, en un período tan amplio de historia.

Se puede plantear la cuestión de hasta qué punto es historiable el acontecer en el tiempo, de la Iglesia; así lo hacía el autor en el prólogo de una obra suya anterior (*La Iglesia Antigua y Medieval*, Madrid 1974). Al hablar de la Iglesia no se puede prescindir de lo sobrenatural, decía. No es lo mismo la historia de la Iglesia que la de cualquier otra institución por grande y universal que ésta sea. Porque en la Iglesia encontramos la obra de Dios entre los hombres. Pero junto a la realidad sobrenatural, la Iglesia se mueve dentro de los márgenes de los hombres, porque «en una hora precisa del tiempo, y en un lugar determinado de

la tierra, el Hijo de Dios se hizo hombre e irrumpió en la historia humana» (p. 11). Desde los orígenes del Cristianismo, hasta la nueva humanidad de finales del s. XX, «el Cristianismo aparece —al igual que en sus comienzos— como la religión de los discípulos de Cristo, que, con la ayuda de la Gracia, tratan de corresponder a su vocación de cristianos» (p. 192). Dentro del entramado de acontecimientos históricos se mueve la Iglesia. Recibe los impactos, asume en sus miembros las novedades, remonta los obstáculos y las persecuciones, impregna todo de la Verdad. Esta es, pues, la razón o causa de que se pueda historiar el Cristianismo, y a ello se aplica el Autor en el libro que vamos a reseñar.

Cada uno de los 35 capítulos tiene una breve presentación, a modo de incisivo resumen. Cada una de las divisiones del libro es el resultado de mucha reflexión. Cada línea resume muchas monografías. Es fácil almacenar datos; lo difícil, y ese es el mérito principal de esta obra, es sintetizarlos. Nos presenta la Iglesia tal como ha sido y tal como es. Perseguida desde sus orígenes por fuerzas exteriores (Sanedrín, Imperio romano pagano), amenazada por peligros interiores de tergiversación de su mensaje (Gnosticismo, Arrianismo), sufriendo sacudidas en su misma estructura (Cismas de Oriente y Occidente, Conciliarismo, Galicanismo), padeciendo la separación de sus propios miembros (Revuelta protestante, Cisma anglicano), en un constante llegar a nuevos pueblos y culturas (conversión de los pueblos bárbaros, evangelización de las nuevas tierras descubiertas), asumiendo lo que de cada nueva época era asumible y rechazando lo que no lo era de ningún modo y, siempre, iluminando su tiempo con esa Verdad que tiene que transmitir a los hombres.

El hilo conductor de estas páginas, que acabamos de resumir, es claro: el autor trata de comprender, en cada época de la Iglesia, cómo se comportaron los cristianos; cómo cumplieron su misión propia en el mundo y cómo reaccionaron ante el desafío que les planteaba la etapa histórica que les tocó vivir. Cada capítulo goza de una cierta unidad, de modo que se puede leer por separado. Pero no hay saltos en la narración —peligro de los intentos de síntesis— y la concatenación entre las distintas épocas es muy equilibrada.

El profesor Orlandis no ha pretendido escribir una obra para especialistas. Sus numerosas publicaciones dedicadas al período medieval de la Iglesia, especialmente entre los siglos IV al VIII, y sobre la España visigótica, demuestran sobradamente su profundo conocimiento de estas etapas. Lo que pretende es hacer comprensible a cualquier persona con el nivel cultural medio, no especialmente iniciada en la materia histórica, lo que ha sido la historia de la Iglesia y de los cristianos.

No puede hablarse de épocas buenas o malas. Desde el punto de vista de Dios, y de los hombres que se esfuerzan por serle fieles, todas las épocas son buenas. Habrá, sí, momentos de mayor oscuridad: las grandes crisis, que para sus contemporáneos parecen anular principios y ordenaciones, engullendo todo en su turbulencia. Habrá momentos de una aparente inercia, en los que las generaciones se suceden unas a otras en

una pacífica transmisión. Cambios de tono, renovación de instrumentales, notas épicas o sintonías rutinarias. Pero en medio de esa aparente confusión —tanto en los momentos de tormenta como en los de calma— se mantiene una constante: Dios y el hombre. Creador y criatura. Padre e hijo. Se podría así, resumir la historia humana en esta breve pregunta: Cómo responden, cada uno de los hombres, a la llamada de Dios (cfr. J. Orlandis, *¿Qué es ser católico?*). No hay inercia en la acción de Dios; su Providencia es una realidad y no mero fruto del acaso. En cada época histórica surgen los medios precisos para que en el mundo de los hombres se siga realizando esa acción de Dios. Esos medios pueden ser tan diversos como la misma historia humana: instituciones, grandes concilios, hombres decididos. Las grandes batallas de la Historia se nos presentan entrelazadas de miles de pequeñas victorias y derrotas, tan difíciles de cuantificar. Quién medirá la importancia de un escrito y sus influjos, de una conversación que hace cambiar a un hombre su actitud y su modo de pensar, o las acciones omitidas de quienes debían haber actuado en un momento concreto y no lo hicieron. Es, por tanto, la historia, y la historia de la Iglesia dentro de ella, algo que en realidad nos desborda. Pero sí podemos atender a los grandes trazos que quedan marcados.

Pretendemos al hacer historia responder a tres preguntas: Qué sucedió, por qué y cómo. Así estamos enmarcando en el tiempo y el espacio el transcurso del acontecer humano: los hechos, sus causas y sus consecuencias. Al historiador le interesan las tres. No es la historia un mero acumular datos, tampoco un cómodo especular en el vacío con intuiciones más o menos sugestivas pero carentes de una base sólida. Tanto una visión como otra serían apartarse del camino real.

Existe otra cuestión a tener en cuenta al historiar: quién es el que escribe, quién es el que se hace estas preguntas e intenta resolverlas. Merece el calificativo de historiador aquel que se acerque al pasado con la convicción de que va a encontrar la verdad y no «su verdad». Cuando además de esto, se da una sintonía entre lo que es estudiado y quien lo estudia, el fruto alcanzado es la verdad histórica. No hay en el buen historiador ni optimismo interesado o ingenuo que oculte las sombras del pasado, ni un pesimismo de las malas experiencias que plantee un porvenir angustioso.

Es esta objetividad de historiador verdadero la que nos presenta el profesor Orlandis. En él se da esa sintonía entre el estudioso y lo estudiado, como él mismo dice al iniciar su Introducción: «La historia del Cristianismo interesa al lector católico porque viene a ser como su historia de familia»; esto precisamente, es lo que quita frialdad y despego a la narración y le da vida. El autor se sabe parte de esa historia y nos muestra con fuerza las victorias de la Iglesia, pues no en vano se llama cristiana a nuestra Era. Pero no oculta los males, los obstáculos que se fueron presentando, los malentendidos, los errores históricos, las traiciones.